

CAPÍTULO 3

UN CARISMA PARA LA COMUNIÓN

1. LA FAMILIA MARIANISTA EN LA COMUNIÓN ECLESIAL

Todo carisma construye comunión y está al servicio de la comunión eclesial. Las Comunidades Laicas Marianistas en su encuentro de Filadelfia en 2001 han formulado esta convicción en un documento importante: *Ser en comunidad*. En él encontramos una versión laical de lo que tradicionalmente los y las marianistas hemos vivido como vida fraterna en comunidad. Los miembros de las comunidades laicas no viven bajo el mismo techo, y aunque tienen ritmos distintos de los de la vida religiosa poseen, sin embargo, los elementos fundamentales que constituyen una comunidad en perspectiva marianista¹.

En un tiempo como el nuestro, caracterizado por la globalización, la competitividad y la obsesión por el éxito, necesitamos una comunidad, un lugar visible y concreto que responda a las necesidades de hombres y mujeres reales de pertenecer a un grupo, de transformar el mundo y profundizar en la dimensión comunitaria de nuestra fe. El aumento de intercambios a nivel internacional y el fácil acceso a la comunicación instantánea, a pesar de sus inmensas posibilidades, no han saciado la búsqueda de sentido ni la sed de Dios.

Vivimos inmersos en una Iglesia en la que el laico está asumiendo una mayor corresponsabilidad en la salvación del hombre. Vemos la Iglesia comprometida con el mundo e inmersa en la realidad. Nos preocupan rasgos de polarización e intolerancia. Ante estos retos, las comunidades marianistas están llamadas a dar una respuesta, teniendo en cuenta que el mensaje del Beato Chaminade sigue teniendo actualidad.

Como la Iglesia a la que representa a escala reducida, la Familia Marianista y cada una de sus comunidades es una familia que tiene su origen en el misterio trinitario. La comunidad, como la Iglesia, es un don del Espíritu, antes de ser una construcción humana. Tiene su origen en el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Dios ha creado al hombre para la comunión. Envío a su Hijo para que reuniera a todos los hijos de Dios dispersos. En medio de su propio pueblo, enfrentado a los demás pueblos y lleno de barreras de separación, Jesús expresó el deseo de que todos fueran uno como el Padre y él son uno. Sólo entonces los hombres creerán que Jesús ha sido enviado por el Padre (Jn 17,21). Con su muerte derribó el muro de odio que separaba a los pueblos (Ef 2,15). Por eso, se hace comunidad bajo la cruz. Del sufrimiento compartido nace la verdadera comunión.

La venida del Espíritu superó la división de lenguas en Pentecostés y dio origen a una comunidad que se caracteriza por tener un solo corazón y una sola alma (He 4,32). La Iglesia es sacramento e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí en un mundo dividido, pero que aspira a la unidad (LG 1). La vida fraterna en comunidad es expresión de la unión realizada por el amor de Dios y al

¹ Cf. los artículos del DRVM: P. de Martini, *Amistad*, E. Benlloch, *Autoridad*, A. Gil, *Caridad*, M. Madueño, *Comunidad de fe*, N. Brivio, *Comunidad marianista*, Q. Hakenewerth, *Dirección*, N. Brockmann, *Discernimiento*, E. Mensdorff-Pouilly, *Diálogo*, C. de Lora, *Espíritu de familia*, M. Cortés, *Formación*, M. Coulin, *Meditación*, J. Bielza, *Obediencia*, J. Stefanelli, *Oficios marianistas*, V. Gizard, *Oración*, L. Galbersanini, *Participación*; también L. F. Crespo, *Comunidad de misión en la Compañía de María*, SPM, Madrid 1997; Q. Hakenewerth, *Comunidad: un medio privilegiado de cumplir nuestra misión*, Circular nº 2, 1-5-1992.

mismo tiempo el medio por excelencia para la evangelización. La comunidad es por sí misma evangelizadora (RV 67). La comunidad es el lugar y el sujeto de la misión (RV 68).

La Familia Marianista es una comunidad mundial formada por cuatro ramas: Comunidades Laicas Marianistas, Alianza Marial, Hijas de María Inmaculada y Compañía de María. Todas están estructuradas a diferentes niveles, internacional, nacional o los religiosos en Provincias, y local. Cada una de las comunidades de la Familia Marianista en sí misma es incompleta. Todas las comunidades se enriquecen con una visión mundial, más amplia que trasciende las preocupaciones locales. Cada comunidad es a la vez local y universal. Actúa localmente pero se esfuerza en unión con la Familia Marianista, caracterizada por su diversidad cultural, en ofrecer a Cristo al mundo como hizo María. Las relaciones entre las diversas ramas se basan en la fraternidad, la igualdad, el respeto a la autonomía y diversidad y en la responsabilidad compartida. De este modo somos testigos de la visión profética que de la Iglesia tuvieron nuestros fundadores.

Es en la Iglesia particular donde se concreta para la Familia Marianista la relación de comunidad vital y de compromiso evangelizador, donde se manifiesta la riqueza de su carisma y donde se comparte con pastores, religiosos y laicos el esfuerzo y la esperanza, las penas y alegrías de la construcción del reino.

2. LA VIDA FRATERNA EN PERSPECTIVA MARIANISTA

La vida fraterna es donde se muestra la autenticidad de nuestra forma de vida. Dios nos da los hermanos que El quiere. Formar una comunidad de vida es una tarea prioritaria. No hay vida cristiana sin comunión fraterna. Pero no hay comunión fraterna sin una vida de comunidad.

La comunión supone un intercambio de dones. La comunidad es el lugar donde se produce ese intercambio. El don que tú tienes es mío. Me enorgullezco de tu don porque es mío. Se trata de estar más orgulloso de mis hermanos que de mí mismo. La comunión nace de la aceptación mutua, de considerarnos mutuamente como un regalo que Dios nos hace. Dios me regala unos hermanos.

La vida fraterna en comunidad es el gran testimonio que los religiosos podemos ofrecer hoy. En un mundo de nacionalismos exacerbados, una comunidad de personas internacionales puede ser una propuesta alternativa. Es una parábola de comunión que se está afirmando como signo de fraternidad de todos. Por esto tiene que ver con un mensaje político. Crear comunidades con gentes muy diferentes es importante: mostrar que se puede vivir en paz en medio de guerra.

2.1 Comunidad de fe

Existen diversos modelos de comunidades evangélicas. No se puede absolutizar ninguno. Hay diversos símbolos de la vida comunitaria: la fraternidad, la Iglesia, la asamblea, el templo, el cuerpo, el círculo cuyo centro es Dios. El símbolo tiene mucha importancia. Es un ideal y un camino. También hay distintos modelos de comunidad religiosa, según los tipos de vida consagrada. La vida en comunidad es una forma de vivir las posibilidades comunitarias que ofrece la Iglesia. El carisma marianista entiende la comunión a partir de la imagen de la familia, una familia que tiene su origen en la familia del Dios Trinidad de personas y en una Iglesia, familia de Dios.

Las comunidades marianistas se entienden a sí mismas son comunidades de fe.

Sus miembros encuentran la salvación, la justicia y la libertad en y por medio de la comunidad. La comunidad trinitaria, creadora, salvadora y santificante, es un modelo para las comunidades, que son fuente de vida y están unidas, aunque sean diversas. En Jesucristo uno reconoce a los demás como hermanos y hermanas unidos con María y con todos los hombres y mujeres en el camino del pueblo de Dios. La vida en comunidad da sentido a la consagración a María y al seguimiento de las enseñanzas de los fundadores. Estas comunidades viven profundamente la alianza con María, cultivando su espíritu y los valores que ella enseñó. La fe es, pues, el centro de la vida con su dimensión personal y comunitaria. Es una fe que se comparte. Los miembros de cada comunidad viven enraizados en el evangelio y en la Palabra. Sienten necesidad unos de otros como anunciadores de la Buena noticia. Se trata de una fe discernida, alimentada, celebrada y vivida en comunidad. La comunidad es al mismo tiempo un don y una tarea, llamada del Espíritu y fruto del trabajo, una vocación y una opción de vida. Las relaciones interpersonales se sitúan dentro de una comunidad que es sacramento de la presencia del señor y manifestación de la fe y del amor entre sus miembros. La fe nos capacita para dialogar, superar las dificultades, descubrir el perdón, la reconciliación, el servicio y el amor necesarios para vivir el compromiso comunitario en su dimensión auténtica. La comunidad se convierte en una fuente de alegría al experimentar la presencia de Dios y los signos de su amor.

Al P. Chaminade le gustaba la imagen de la familia, que aplicaba indistintamente a las congregaciones de laicos o a los dos Institutos religiosos. Hoy día las cuatro ramas existentes se consideran también una familia. La Regla de Vida de la Compañía de María desarrolla toda una visión de la comunión fraterna en el capítulo sobre la comunidad de vida. En familia tendemos juntos a la perfección de la caridad. La inspiración que nos mueve a vivir juntos es el amor de Dios. Nos reunimos para formar comunidades de fe y nos proponemos comunicar esa misma fe a nuestros hermanos. La fe es el origen y el fin de la misión. Es una familia fundada en el evangelio del Señor. Jesús desde niño proclamó la búsqueda de las cosas del Padre, pero estuvo obediente a sus padres (Lc 3,49.51). Sin embargo al llegar la madurez deja a su madre, no crea una familia humana sino una familia de discípulos que hacen la voluntad del Padre. Ante esta nueva realidad creada por el evangelio, la familia humana en el religioso retrocede a segundo lugar mientras sigue conservando su importancia primordial para los seglares.

Los lazos que unen sobre todo en la familia religiosa no son los de la comunidad de ideas y sentimientos. En la medida en que hay más diferencias se transparenta más la comunión. Una comunidad es un icono viviente de la Trinidad donde existe al mismo tiempo la unión y la diferencia. Incluso en las familias de sangre se debe evitar el querer que todos los miembros piensen y sientan lo mismo. Es en la diferencia y en el diálogo donde se da el enriquecimiento mutuo.

Cristo está presente en la comunidad, le da inspiración y fuerza y la convierte en signo del ser discípulo, en la medida en que se vive el amor mutuo. El alma de la vida comunitaria es el mandamiento nuevo del amor. Es la fuerza que sostiene nuestra vocación, nuestra irradiación y atracción y nuestra dedicación a la misión. La imagen de la familia implica que todos somos hermanos. Del don de la comunión proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir, de llegar a ser hermanos en una determinada comunidad en la que han sido llamados a vivir juntos.

Nos reunimos en torno a Jesús para vivir la fe, para vivir el evangelio. Cristo, presente en la Palabra y en los sacramentos nos asocia a la alabanza al Padre. Al compartir el pan de la vida y la copa de la salvación formamos un solo cuerpo. Una de las maneras de construir la comunidad es compartir la fe. La fe se vive en la Liturgia, la

oración personal y los diversos dinamismos de la vida espiritual.

Toda vida consagrada tiene una dimensión contemplativa: presencia y búsqueda de Dios en la realidad concreta de una existencia encarnada en medio de los hombres. Una comunidad consagrada dedica por eso unos tiempos al encuentro con Dios y con su Palabra para celebrar ya la presencia del reino en medio del mundo y para estar siempre atenta a las exigencias de ese reino en la sociedad concreta en la que nos toca vivir. Una comunidad consagrada está llamada a ser un foco de espiritualidad en medio de la comunidad eclesial. En la comunidad consagrada los hombres tienen derecho a encontrar a Dios y a que sepamos iniciarles en el camino del encuentro con El. El religioso es ante todo un hombre de Dios, un hombre del Espíritu. Este le ha dotado de sus dones que uno debe aportar a la comunidad eclesial para la construcción del Cuerpo de Cristo.

Nos inspiramos en la primitiva comunidad de Jerusalén, reunida en oración en torno a María, a la espera del Espíritu. Tratamos de vivir sus rasgos característicos: comunión, testimonio de Cristo y del evangelio (RV 9). Unidos a María y llenos del Espíritu Santo, damos testimonio del amor de Dios, caminamos hacia la santidad y realizamos nuestra misión apostólica (RV 34).

La comunidad de Jerusalén es la misma comunidad que vivió en torno a Jesús, al que abandonó en el momento de la muerte, permaneciendo fieles María, el discípulo amado y unas mujeres. Resucitado por el Padre, Jesús congrega de nuevo a sus discípulos en torno a María y les envía el Espíritu. Esta comunidad acoge la salvación ofrecida en Cristo Jesús. La forma de vida de la comunidad primitiva ha fascinado a todos los fundadores de Institutos religiosos e inspiró al P. Chaminade en todas sus fundaciones. Los elementos más característicos son la enseñanza de los apóstoles, la comunidad de vida interpretada como comunidad de bienes, la comida litúrgica, la oración y los prodigios que realizaban los apóstoles.

El espíritu de familia de los marianistas se inspira en los rasgos característicos de María, tal como nos la presenta el evangelio: fe, humildad, sencillez, hospitalidad, denuncia de los poderosos, cercanía a los pobres y a sus necesidades, compartir los sufrimientos los gozos de todos los hombres, crear comunidad en torno a sí. Actualmente los marianistas subrayan sobre todo el icono de María en Pentecostés y María del Magnificat. Se trata sin duda de recrear el espíritu de nuestros fundadores y de trabajar a favor de la justicia, la paz y la integridad de la creación. Bajo la inspiración de María, nuestra vida de comunidad se convierte en una especie de seno materno en el que llegamos a ser hermanos. Ese seno materno no es un ambiente cálido en el que hacemos nuestro nido sino que es el que nos lanza a la vida y a la misión. La Familia Marianista se convierte en una imagen de la Iglesia, una comunión de seglares, religiosos y religiosos laicos y religiosos sacerdotes, una Iglesia mucho más materna y femenina.

2.2 Comunidad de vida

La sustancia de la vida de comunidad es la comunión humana, un sólo corazón, una sola alma. La comunidad se convierte así en centro de amistad humana y evangélica. Se trata, por tanto, de favorecer las relaciones interpersonales: aceptación de sí mismo, aceptación y apoyo al hermano, superación de tensiones mediante la reconciliación. Todo ello supone un trabajo de ascesis. La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo.

Las Comunidades Laicas Marianistas se entienden a sí mismas como comunidad de vida. Son comunidades de hombres y mujeres laicos en diferentes situaciones.

Todos viven comprometidamente en todos los ámbitos de la vida: personal, social, político y económico. La comunidad se constituye por el compromiso libremente elegido de sus miembros de ser en comunidad y participar activamente en ella. La expresión más concreta son las reuniones frecuentes, los encuentros, las celebraciones litúrgicas y festivas. Ser comunidad es una parte integral de la vida diaria. Las comunidades se caracterizan por una espiritualidad común y por la toma de decisiones entre sus miembros de una forma consensuada. En este sentido estas comunidades difieren de los grupos que sólo luchan por una causa concreta o dan ayuda terapéutica. Cada comunidad discierne la organización y sobre cómo desarrollar los valores característicos marianistas según su contexto cultural. Estas comunidades intentan ser acogedoras, abiertas a la diversidad. Se trata de verdaderos lugares para el discernimiento personal y comunitario de la propia vida, de la pertenencia al grupo, del estilo de vida y servicio a la luz del evangelio y del carisma marianista. Favorecen el desarrollo personal y la formación permanente. Buscan el crecimiento en los dones que Dios ha dado. Mediante el proyecto personal de vida y el proyecto comunitario intentan avanzar en plenitud, madurez y libertad. Las Comunidades Laicas envían y apoyan sus miembros en sus compromisos de servicio y construcción del reino. Son fuente de motivación y renovación, lugares de pertenencia, amistad, reconciliación, que complementan la vida familiar que constituye la primera comunidad.

En ellas se desarrolla la conciencia crítica y se aprenden métodos para iniciar y animar la fe en las comunidades que empiezan, para un análisis social, para una reflexión teológica que ayude a discernir los signos de los tiempos y nuevas formas de servir y actuar por la justicia y la paz en la aldea global. Ayudan a que toda la vida del seglar constituya su culto a Dios. La vida cotidiana con sus retos y ambigüedades es el testimonio y la forma de seguir a Jesús según la espiritualidad marianista. Sus miembros asumen la valentía de María en el Magníficat en el que responde radicalmente a las exigencias del mundo y que los convierte en signos de esperanza y testigos de fidelidad, igualdad y solidaridad en el mundo de hoy.

Toda comunidad, sobre todo la religiosa, necesita estructuras de espacios, tiempos, ministerios, gobierno. Pero al mismo tiempo está totalmente abierta a la interacción con el ambiente. La vida en comunidad implica el interés y la participación de todos, el respeto de las diferencias, de las necesidades fundamentales, de los condicionamientos de la edad y la enfermedad. Unión no es uniformidad, sino unión a través de la diversidad.

Toda comunidad implica una diversidad de carismas y ministerios. La Familia Marianista presenta una Iglesia en pequeño: laicos, instituto secular, religiosas, religiosos sacerdotes y religiosos laicos. Todos estos ministerios están al servicio de la construcción de la comunidad eclesial que se hace presente en cada una de las comunidades de vida.

La clave de la vida comunitaria es que todos nos sintamos responsables de ella y que creemos un clima de diálogo. El diálogo sólo es posible cuando estamos convencidos que ninguno tiene la verdad total, sino que todos tenemos parcelas de verdad que juntas confluyen hacia la verdad plena. Esto supone aceptar que los demás tienen algo que decir sobre mi vida, desear que me lo digan y no intentar imponer a los demás ni mis puntos de vista ni tampoco mi manera de actuar. Esto no es fácil. A veces estallarán conflictos, a los que no hay que tener miedo, sino que hay que abordarlos con realismo. Hoy se siente la necesidad de una comunicación más extensa y más intensa. Es en este contexto donde habría que resituar la corrección fraterna.

La comunidad no es una mónada encerrada en sí misma sino que está en interacción y diálogo con el ambiente. Aunque las comunidades religiosas se han

abierto mucho a partir del Vaticano II, hay que seguir avanzando en el espíritu de acogida para compartir con las personas cercanas la fe, la amistad y la hospitalidad. Es así como evangelizamos. Cada comunidad debe estar inserta e inculcada en su ambiente. Es el gran reproche que hoy día se le hace a las comunidades grandes. Estas siguen siendo unas comunidades monásticas, autárquicas y de espaldas a la realidad del mundo. Las comunidades pequeñas facilitan mejor la inserción, pero la inculturación también es un reto para este tipo de comunidades como para toda la Iglesia.

2.3 Comunidad en misión permanente

Para el P. Chaminade cada congregante es un misionero y cada congregación una misión permanente. Lo mismo repite el documento de Filadelfia 2001. Cada comunidad está en misión permanente y cada miembro es misionero cuando trabaja para crear y extender la comunidad.

Invitar y ayudar a otros a vivir la fe en comunidad es el medio fundamental de evangelización y transformación social. También la formación ayuda a dejar de estar centrados en sí mismos para volcarse en la misión y en las necesidades de los demás.

María en Pentecostés ayudó a la primera Iglesia y, por eso, es el modelo de espiritualidad apostólica. Las comunidades no son un fin en sí mismas, por eso se vive el espíritu misionero no sólo en comunidad sino en todas las relaciones con el mundo. Sin duda la experiencia de vida dentro de la comunidad prepara para la misión. La oración nos abre a la acción de Dios e incrementa nuestra sensibilidad hacia las necesidades de los demás. La formación nos ayuda a profundizar en la comprensión del amor de Dios a todos los hombres y en la necesidad de liberación. La vida comunitaria construye, fortalece y anima la relación con los demás. La vida en comunidad, la existencia de la comunidad, es en sí misma evangelizadora pues hace presente el amor de Dios en el mundo y crea una imagen del reino de Dios en el que todos los hombres serán de verdad hermanos.

La vida de la comunidad nos anima a involucrarnos en diferentes servicios en el mundo. Construimos comunidad como misioneros de María en todos los campos de acción en los que trabajamos. Los laicos animan a sus miembros a vivir plenamente el evangelio de una manera especial en la vida pública. También la vida de los religiosos no puede estar ausente del debate público, pero las formas de tomar parte en él serán diversas de las de los laicos. Todas las ramas de la Familia Marianista fomentamos las actitudes misioneras con otras comunidades, con la Iglesia, con mundo. Sobre todo apoyamos nuevas iniciativas misioneras que nos permitan hacernos presentes como Familia Marianista. Inspirados en el Magníficat estamos abiertos al Espíritu, luchamos contra la injusticia y proclamamos un mensaje de liberación y de esperanza. Asumimos la opción preferencial por los pobres y marginados y luchamos por la justicia, la paz, la defensa de los derechos humanos, la promoción humana, las relaciones integrales y los valores ecológicos. También es importante crear y apoyar comunidades que acojan a los jóvenes. Nuestro espíritu de familia y la colaboración entre todos los miembros de la Familia Marianista es nuestra contribución específica a la renovación de la Iglesia.

2.4 Comunidad en crecimiento continuo

Toda comunidad, por el hecho de ser una escuela de amor, que ayuda a acrecer en el amor a Dios y los hermanos, se convierte también en un lugar de crecimiento humano. La comunidad no es una realidad estática sino dinámica que se está construyendo y creciendo continuamente, favoreciendo la fidelidad al Espíritu del

Señor, el desarrollo de los dones de cada uno y el fortalecimiento del conjunto. A todos los medios que nos ayudan a crecer, el P. Chaminade, hablando de los religiosos, les llamaba la *dirección*. El Espíritu nos guía entre otros medios por la Palabra de Dios, las enseñanzas de la Iglesia, nuestra Regla de Vida, las orientaciones de los superiores, la dirección espiritual, las sugerencias de nuestros hermanos y la reflexión comunitaria. Es el Espíritu el que construye la comunidad, cuando cada uno fiel al Espíritu aporta su don para edificar el Cuerpo del Señor.

Uno de los medios para lograr ese progreso es el discernimiento comunitario (RV 42), del que a mi parecer tenemos poca experiencia. En el mundo actual en la toma de decisiones cada vez se apela más a procedimientos participativos y democráticos. En la comunidad religiosa no se pueden trasplantar sin más estos procedimientos y decidir a base de votaciones. El modelo evangélico es la participación de todos en la búsqueda de la voluntad de Dios, bajo la guía del superior, intentando desvelar las motivaciones profundas que nos mueven a actuar. Éstas no pueden ser otras que la búsqueda de la voluntad de Dios, siendo indiferentes desde el principio al resultado final.

Para poder evangelizar, las comunidades tienen que ser constantemente evangelizadas. Esto supone ante un clima de escucha de la Palabra de Dios, de compartir la fe y de reflexionar sobre ella. Un instrumento importante para ayudar a crecer a la comunidad es el proyecto comunitario en el cual se especifica cada año un plan para la oración y otras reuniones comunitarias, los objetivos apostólicos de la comunidad y el papel que tiene en ellos cada uno de sus miembros.

Para progresar se necesita ser una comunidad en formación continua. La *Guía de la Formación de la Compañía de María* ha diseñado los nuevos caminos de la formación en una perspectiva global y personalizadora, que supera una visión puramente intelectual de la formación. Ésta debe estar ante todo al servicio de la asimilación y vivencia del carisma marianista. Aquí se abren nuevas perspectivas para la formación conjunta de las diversas ramas de la Familia Marianista.

3. LA VIDA EN COMÚN DE LOS RELIGIOSOS MARIANISTAS

Las *comunidades religiosas* marianistas tienen unas características propias dentro de la Familia Marianista. Como todas sus comunidades formamos una única familia, una nueva familia en la que compartimos oración, amistad, éxitos y dificultades. Pero además vivimos bajo el mismo techo, compartimos los mismos bienes e incluso a veces el trabajo como una familia humana tradicional que constituía incluso una unidad económica de producción. Aunque cada vez más los trabajos son diversificados, los religiosos comparten toda la vida. Para los religiosos nuestra comunidad es nuestra familia. Para los seglares las comunidades laicas marianistas son una comunidad de segundo grado, siendo la propia familia la realidad primera.

Para la Compañía de María, la *composición mixta* de religiosos sacerdotes y religiosos laicos es algo verdaderamente carismático y muy querido, por lo que tanto hubo que luchar ante las incomprensiones de Roma². El vivir en comunidad en plano de

² Cf. E. Torres, *Composición mixta*, en DRVM; I. Otaño, *Una única familia. Nuestra composición mixta de religiosos sacerdotes y religiosos laicos*, SPM, Madrid 1993. Acerca del religioso sacerdote en la vida religiosa, cf. P. K. Hennessy (ed), *A Concert of Charisms. Ordained Ministry in Religious Life*, Paulist Press, Mahwah, New Jersey 1997. Para el tema concreto de las parroquias marianistas, cf. J. A. Barbudo Escobar, *La parroquia, ¿obra marianista?* SPM, Madrid 2001.

igualdad era una novedad en la vida religiosa tradicional en el siglo XIX. Otros experimentos en esta línea fracasaron de manera que se perpetuó hasta el Concilio Vaticano II la situación de congregaciones de sacerdotes con hermanos legos a su servicio. Todavía hoy nuestra composición mixta es algo profundamente original en la realidad de la Iglesia y muestra un modelo de ser Iglesia que se opone a todo clericalismo. El P. Chaminade había sido ya innovador cuando integró a los sacerdotes diocesanos en las congregaciones de Burdeos como un congregante más sin funciones de gobierno.

Todavía la terminología usada hoy de *religiosos sacerdotes* y *religiosos laicos*, que sustituyó a la de sacerdotes y no sacerdotes, como también la de *sacerdotes* y *laicos* en la Iglesia, es un residuo de la mentalidad clerical que define la Iglesia a partir del sacerdocio. No se da cuenta de que es precisamente el sacerdocio lo que hay que explicar en la Iglesia y en la vida religiosa. Lo normal es el cristiano en la Iglesia y el religioso o la religiosa en la vida consagrada. Tampoco ha gustado entre nosotros la propuesta de llamar al religioso laico *hermano*, pues todos somos hermanos. El P. Chaminade no quiso apartarse de los usos corrientes en su tiempo y no introdujo una denominación especial.

La *Regla de Vida* presenta la vocación religiosa marianista como *única* (RV 12). El religioso sacerdote marianista es ante todo un religioso, y el religioso laico marianista es un religioso. *Religiosos sacerdotes y religiosos laicos forman una única familia* (RV 1). Todos tenemos como religiosos los mismos derechos y los mismos deberes. La composición mixta traduce la riqueza carismática de dones y ministerios complementarios concedidos por el Espíritu y se convierte en un testimonio profético en la Iglesia y un medio único para realizar la misión. La unidad viene del Espíritu, de la única vocación marianista, de la igualdad de derechos y deberes. La composición mixta enriquece tanto la vida como la misión comunitaria (RV 16). Refleja la comunión eclesial. En la Iglesia todos vivimos lo mismo, pero de maneras diversas. Es el mismo Espíritu el que se manifiesta en una variedad de dones y ministerios complementarios.

El religioso laico, o el religioso sin más, vive su entrega a Dios y al evangelio a través de los ministerios que podemos considerar más laicales: relación con la cultura, la ciencia y la técnica. Como hemos dicho, el caso a explicar no es el del religioso laico sino el del religioso sacerdote. Al religioso laico no le falta nada en la línea de ser religioso. El carisma marianista recibido le capacita para ejercer diversos ministerios que brotan históricamente de ese carisma. Pero su servicio a la comunidad eclesial es ante todo carismático:

1) Con las otras formas de vida eclesial, laicos y sacerdotes, el religioso es un cristiano, un hermano.

2) Para las otras formas de vida, laicos y sacerdotes, el religioso es una persona que vive el estilo de vida de Jesús en pobreza, castidad y obediencia, como signo profético de la realidad del reino ya presente entre los hombres, pero que debe manifestarse en plenitud.

3) Para los sacerdotes marianistas, los religiosos laicos hacen presente la realidad eclesial, que es fundamentalmente laical. Tampoco los sacerdotes han perdido su realidad de ser miembros del pueblo de Dios. Los religiosos laicos viven su entrega a Dios y a los valores del reino de maneras diferentes, especialmente en los campos de las ciencias, la cultura, el trabajo técnico y manual. No es que sean ministerios que no pueda desempeñar un sacerdote. El ministerio concreto a ejercer en la vida depende del discernimiento del carisma que uno ha recibido del Espíritu para el bien de la comunidad. Estos ministerios laicales tan sólo están instituidos cuando tienen relación con la comunidad eclesial: lector, acólito, a los que habría que añadir otros como

catequista, educador, párroco, etc. En cambio los carismas y ministerios al servicio de la transformación de mundo no se dejan fijar tan fácilmente pues la situación del mundo cambia continuamente.

El religioso sacerdote no tiene un *más*, como muchas veces cree la gente, ni tampoco un *menos*, en lo referente a ser religioso. No es una cuestión de *status*, es una cuestión de ministerio ligado al carisma marianista. Es desde el propio carisma religioso desde donde los sacerdotes religiosos en general y el sacerdote marianista en particular tiene que ejercer su ministerio. En la Iglesia y en la Compañía de María, se accede al sacerdocio no como una opción personal y menos como un derecho, sino como una respuesta a una llamada de los hermanos y de los superiores.

El religioso sacerdote marianista comporta dos elementos que crean una cierta complejidad, como en el caso de todos los sacerdotes religiosos en otras congregaciones. Del sacerdote marianista hay que decir que es *verdadero religioso* y *verdadero sacerdote*, pero ante todo es un religioso. De la misma manera que no existe la vida religiosa en abstracto sino que depende de los diversos carismas fundacionales, tampoco existe un sacerdocio en abstracto. Hay, al menos dos tradiciones: la diocesana y la religiosa. Pero tampoco se trata de dos modelos inmutables. Dependen de las situaciones de lugares y tiempos. Pero además, el sacerdote religioso depende sobre todo del carisma de su congregación.

El religioso marianista sacerdote es un ministro ordenado. Por su ordenación se convierte en signo y representación de Jesucristo, señor, maestro, profeta y pastor. Es ordenado sacerdote para servir a la comunidad, ya que el sacramento del orden es uno de los sacramentos que se reciben para el servicio de la comunidad (LG 24). Está llamado a integrar en su vida y en su misión su doble condición de religioso marianista sacerdote: a vivir plenamente su vida religiosa marianista como sacerdote, y su ministerio sacerdotal como religioso marianista. La situación del sacerdote marianista está definida por una serie de relaciones:

1) En relación con los laicos del pueblo de Dios, confiado por el obispo, el sacerdote marianista *con* los laicos es un cristiano, un hermano. Pero *para* los laicos, el sacerdote marianista, es ante todo un religioso de un carisma congregacional determinado, pero es además un servidor, ejerce el ministerio sacerdotal, conforme al carisma de su congregación.

2) En relación con sus hermanos religiosos, el sacerdote marianista *con* los religiosos es un hermano. Pero *para* los religiosos laicos, está a su servicio y junto con ellos, al servicio del pueblo de Dios. Como en la Iglesia, el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, y la vida religiosa al servicio de la vida cristiana.

3) El servicio que el sacerdote ofrece a sus hermanos, laicos y religiosos, es su ministerio sacerdotal: maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos, guía del pueblo cristiano. El ministerio sacerdotal se ha entendido como el carisma de la síntesis, como el carisma que discierne los demás carismas. Pero ejercido en medio de una comunidad eclesial que tiene también otros carismas y ministerios, ejercido, por tanto, en plano de igualdad, diversidad y complementariedad. En la comunidad religiosa, como comunidad carismática, el superior no es el sacerdote, ni el tipo de autoridad del superior religioso es la misma que la de la autoridad jerárquica. El ministerio del sacerdote marianista hay que entenderlo desde el carisma marianista.

El sacerdote marianista ejerce su ministerio para bien de la Iglesia y de la sociedad, integrado en la vida y en la misión de una comunidad, en estrecha colaboración con los religiosos laicos, sin olvidar que los primeros destinatarios de su ministerio sacerdotal son sus hermanos (RV 12-13). En la vida marianista normalmente ejerce diversos ministerios. Está en primer lugar la animación espiritual de la Familia

Marianista: acompañamiento espiritual, iniciación a nuestra espiritualidad, transmisión de la fe, presentación del misterio de María. El sacerdote marianista ejerce un ministerio de la misericordia a través de la acogida, la escucha, la relación y trato personal, el servicio sin protagonismo. En la práctica muchos realizan el ministerio de la formación en la fe como lo hacen también los religiosos laicos y los cristianos laicos, pero imprimiendo siempre su impronta de sacerdote marianista.

La única diferencia entre sacerdotes marianistas y religiosos laicos marianistas está en las funciones o ministerios que ejercen. El tema no es qué ministerios puede hacer el sacerdote y no pueden hacer los demás, ni tampoco lo contrario, es decir, qué ministerios pueden hacer los demás y no debe hacerlos el sacerdote. Se trata más bien de que la comunidad en un lugar y momento concreto discierna, siguiendo el carisma marianista, la misión común: cuáles son las necesidades y cómo los carismas y ministerios de todos los miembros de la comunidad pueden contribuir a la misión de la Iglesia. Ésta espera de los religiosos que construyan la Iglesia a través de los carismas congregacionales.

La situación actual es de transición. Esto está afectando al ministerio sacerdotal entendido desde Trento en una perspectiva demasiado centrada en la parroquia. Mientras esto no acabe de cambiar, ¿por qué no pedir que, en las parroquias confiadas a una comunidad marianista, el párroco sea un religioso laico? Existen casos en que los párrocos son una religiosa o un laico. ¿Por qué van a ser siempre situaciones de suplencia cuando puede ser lo normal?

El servicio de la autoridad en la comunidad marianista está pensado en función del crecimiento personal y comunitario. La autoridad tiene mucha importancia. No basta el autogobierno o una autoridad puramente humana. Pero se trata de una autoridad carismática y no jerárquica. Es una autoridad ascendente y no descendente como la de la jerarquía. Esta participa de los poderes que Cristo le ha conferido; es una autoridad sacramental. Una congregación religiosa se sitúa dentro de la realidad eclesial y acepta la jerarquía de la Iglesia. Pero la autoridad en la vida religiosa es el resultado de la institucionalización de un carisma fundacional. Los superiores religiosos, y esto aparece claro cuando el superior es un religioso laico, no son miembros de la jerarquía. La autoridad religiosa está al servicio de la comunión y de la comunidad. Si no hay auténtica comunidad religiosa de nada sirve nombrar un superior. La autoridad es la persona que la comunidad ha decidido que represente al que está en medio de la comunidad: el Señor. Es un pacto para que alguien sea el que haga al Señor presente. Los superiores son depositarios de una autoridad que les viene de la función que les han confiado sus hermanos. El superior es un cargo necesario para consolidar la comunión fraterna. Si ejerce su autoridad de manera carismática conforme a las Constituciones se convierte en un medio para discernir la voluntad de Dios, sobre todo a través del discernimiento comunitario. Es esfuerzo de todos el construir comunidades en las que se pueda vivir de verdad, menos formalistas, menos autoritarias, más fraternas y participativas.

La autoridad es siempre un servicio a los religiosos en su crecimiento espiritual y en el cumplimiento de su misión. Tampoco existe separación de consagración y de misión en el religioso concreto. Cada uno, a través de su proyecto personal, debe buscar vivir de manera unificada esa doble vertiente. Sin duda la consagración está en función de la misión. Cada uno debe descubrir su vocación personal como la manera concreta de vivir la misión en el interior de la misión marianista. La situación actual de separación de comunidad-obra coloca al religioso en una situación complicada. Quizás reciba cierta ayuda del superior para lo que llamamos su vida espiritual. En su misión, en

cambio, su interlocutor es a menudo un director que tiene poca idea de lo que es la misión religiosa. Son los superiores de comunidad los que deben acompañar a sus religiosos en la realización de su misión, no de la actividad profesional concreta, que hoy día es muy especializada.

Los superiores nos guían en la búsqueda de la voluntad de Dios y del bien común y nos ayudan a cultivar el espíritu marianista. El superior está llamado a ejercer un verdadero liderazgo en la comunidad, impulsando sobre todo la vivencia del carisma, el acompañamiento del hermano y la formación continua. El superior ejerce una función pastoral para con el hermano, interesándose personalmente por él. De ahí la necesidad de la entrevista personal con cada uno.

El superior abre la comunidad a la realidad de la vida eclesial. El superior tiene que tomar decisiones, es lo suyo propio, lo cual no quiere decir que sea un poder absoluto. Se servirá de todos los medios participativos, pero al final tiene que decidir y si no se toman decisiones no se produce la novedad de vida que trae el Espíritu. Sobre todo tiene que tomar decisiones a largo plazo que faciliten la vivencia del carisma. Ante esta tarea, la de organizar las actividades comunes es secundaria, pero necesaria.

Hoy día es difícil ejercer el servicio de la autoridad. Hemos pasado de una autoridad de "mandar", a una autoridad de "animar". La animación comporta el apelar a motivaciones de fe y de fidelidad, estimular, evaluar, recurrir a la oración y dar ejemplo. En el fondo se trata de saber pulsar la tecla de cada hermano para que éste responda a su vocación y se convierta en un miembro activo que colabora, aconseja, apoya, acepta su dirección y cumple sus órdenes (RV 46).

La Regla de Vida ha definido los grandes principios del ejercicio de la autoridad en la Compañía de María: delegación, responsabilidad, participación, subsidiariedad y la obligación de dar cuenta (RV 7.1-7.8). La autoridad en la Compañía de María es una autoridad colegiada en todos los niveles, no sólo por la existencia de Capítulos, sino también por la existencia de Consejos y Oficios.